

## **Eduardo Yentzen y Michael Basch entrevistan a Gonzalo Pérez B.**

*¿Cómo ves el momento actual en el proceso colectivo?*

Ya se hace evidente, aún a nivel de las noticias en los diarios, que estamos ante una nueva cultura. Hace unos años eso era sólo una volada de unos pocos ingenuos idealistas, pero las transformaciones sociales y políticas del planeta han sido tan importantes -desde la perspectiva de un cambio cualitativo en la manera humana de hacer las cosas- que creo que los seres humanos informados coinciden en que estamos viviendo un fenómeno impredecible, aunque al mismo tiempo, muy anunciado.

Ahora bien, nadie parece estar verdaderamente preparado para asumir lo que está pasando, en ningún plano, y es lo mejor, porque lo esperanzador y lo nutritivo de la nueva cultura es que no está siendo llevada adelante por nadie; simplemente nace cuando las condiciones están dadas. Entremos a describir el fenómeno.

Dentro de la perspectiva humana, lo más importante es el desplazamiento del foco de la motivación desde el motivo puramente egoísta, disfrazado o no, a un motivo más colectivo, más compartido, que tiene más que ver con el nosotros y con la unidad de todos con todos. Esto significa una convergencia de fuerzas que van desde los descubrimientos teóricos de la física y la biología, las experiencias sociales concretas de los pueblos, hasta la revolución artística y cultural del siglo veinte. Todo está llevando a una experiencia individual y colectiva que no solamente nos está cambiando la cabeza, es decir, lo que pensamos de las cosas, sino también la acción misma y aquello de donde nace el impulso a la acción.

Desde hace por lo menos dos mil años, si no mucho antes, el ideal humano y el anhelo humano ha sido trascender el egoísmo y lograr la comunidad, el amor, la entrega a los demás. Pero, exceptuando los casos individuales, esto jamás ha sido una realidad colectiva. La nueva cultura, a través de una serie de fuerzas, que yo llamaría fuerzas de la necesidad, nos va llevando a eso. En primer lugar, la catástrofe ecológica nos dice que habitamos un solo planeta, una sola casa; y si no coincidimos en cómo cuidarla nos hundimos todos. La interconexión de los sistemas es tan íntima, tan delicada y tan vulnerable, que ya sabemos que cuando alguien la desarmoniza por un lado, eso afecta al total. Antes eso no era visible, porque no existía la velocidad de comunicación que existe ahora; con la actual velocidad de conexión planetaria, estamos todos viendo las repercusiones en distintos puntos del sistema. La realidad misma nos está diciendo que la felicidad no es un asunto privado, sino que todo tiene que ver: el país en que vives, la humanidad que compartes, el planeta que habitas. Esto cuestiona todo el egoísmo humano racionalizado en el siglo XIX. La idea del progreso y del éxito individual, disfrazado de todos los idealismos del caso, mostraban siempre la expresión de un interés egocéntrico. Hoy estamos viendo por todos lados a seres que ya vienen de vuelta de la búsqueda egoísta, y que lo único que anhelan es servir, o sea, ser útiles en este proceso de la felicidad colectiva.

Nada de esto sería posible sin una madurez humana que tiene que ver con haber perseguido el fin individual hasta el final. Todo el arte, la literatura, la filosofía del siglo XX es eso, llevar el individualismo hasta su absoluto posible. El existencialismo, el ateísmo, el absurdo, todo esto es el experimento individual llevado hasta el final. Y al final de este experimento, ¿con qué nos encontramos? Con Kafka, con Camus, con el suicidio, con el "no hay salida". Sólo después de llegar al final podemos comenzar a volver y a darnos cuenta de que mi felicidad no es aislada, no es solitaria; es imposible mi felicidad si yo no estoy entregando lo mío para que los demás también lo sean. Entonces aquí estamos hablando de una dimensión de profundidad de experiencia.

Todos partimos en la juventud tras la búsqueda de la felicidad, del alivio de nuestro sufrimiento, de la conquista de nuestros objetivos; y en la medida en que vamos profundizando y somos honestos nos vamos dando cuenta de que todos esos "mis" tan subrayados son justamente los que nos hacen infelices; y se produce allí un evento interior que podemos llamar, siguiendo a Krishnamurti, la revolución psicológica, el momento en que toda nuestra visión de las cosas, nuestra imágenes guías, traídas desde la cultura, hacen explosión interior y se produce este caos dentro nuestro, tan terrible de vivir, pero tan bueno. Y después de esta muerte psicológica, que todo buscador experimenta, se llega a una simplicidad de darnos cuenta de que la única manera de sentirnos bien y felices, de estar conectados con la vida, es servir.

Y aquí nos topamos con otra característica de la nueva cultura, que es la simplicidad. Lo que hemos vivido en los últimos siglos nos muestra que todo lo complicado sólo trae desgracia, desdicha, aburrimiento. Descubrimos que la vida feliz es una vida simple, que tiene que ver con la naturaleza, que tiene que ver con el cuerpo, que tiene que ver con la relación directa con el prójimo, y con trabajar en algo que trascienda, en algo que tenga sentido, en algo que sirva a los demás. Todo retorna a lo de siempre, a lo natural, a lo básico. Los hombres de las cavernas y de las naves espaciales necesitan exactamente lo mismo para sentirse bien y vivir en plenitud: conexión afectiva con otros, familia, creatividad, conexión con el misterio del universo, arte y servicio.

Los medios de comunicación nos han informado de la catástrofe, del límite casi sin retorno de la destrucción; y eso está despertando -a través del miedo, porque parece que uno despierta a través del miedo- en los seres más conscientes de las distintas sociedades la necesidad de asumir y hacerse responsables del planeta.

Por otro lado vemos que las sociedades tienden a integrarse en una sola gran comunidad planetaria, movidas por el desarrollo de la economía, que, basada ahora en el comercio internacional, impone, inesperadamente, un estado de paz entre las naciones y obliga a unificar las reglas del juego para que sean estables y confiables, porque si no, no se puede hacer negocios. Entonces las democracias que están prevaleciendo en todas partes no son sólo el ideal anticipado por los griegos, sino una necesidad estructural de la nueva economía. La nueva economía necesita sociedades estables, en donde el consenso sea la clave; y eso es la democracia, porque no hay ningún otro sistema estable. Lo paradójico es que, a la vez, la democracia es lo más vulnerable que existe. Su vulnerabilidad, al igual que la de la naturaleza, nos

impone la necesidad de cuidarla; es decir, asumirla como propia, no dejar que otros lo hagan.

Pero volvamos a la raíz. Hemos examinado las condiciones planetarias que hacen que ésta sea la época en que llega la nueva cultura. Lo que podemos descubrir es que el desastre ecológico, la comunicación global y la economía mundial, están moviendo cambios que son coincidentes con los anhelados por el ideal. Un ideal humano es la paz, pero la paz es lo más difícil de realizar; sin embargo llega un momento en que la paz es una necesidad de la economía. Eso es algo maravilloso. Antes, el negocio era la guerra, ahora el negocio es la paz. Los poderes fácticos no pueden permitir turbulencias internacionales que afecten las bolsas de valores y el comercio internacional. El mundo entero se convirtió en un mercado, y el mercado tiene que estar en paz. La maravilla actual es que los cambios exigidos por la necesidad coinciden con los anhelos del ideal. Es decir, el cielo y la tierra se encuentran. Es una unión que no sólo desciende del cielo, sino que también brota de la tierra, y por ello es firme. Hace milenios que estamos tratando de que las cosas del cielo bajen, y no resulta. Sólo cuando se encuentran a medio camino con las cosas de la tierra es fecundo.

Hablemos ahora del tercer elemento de la necesidad, el de la cultura. La tercera condición necesaria es el desarrollo de la cultura, el desarrollo de la mente que busca explicarse a sí misma, que tiene que ver con los experimentos filosóficos, artísticos, culturales. Después de vivir la explicación dogmática de la realidad vía religión, pasamos a la explicación dogmática de la realidad vía ciencia. Luego de pasar por esos dos esquemas o paradigmas, vivimos el momento glorioso y terrible del crepúsculo de los dioses. Nietzsche expresa este espíritu de los tiempos ferozmente humanista, tremendamente individual, que dice: la única respuesta está en mí mismo.

Así se desata el siglo XX, no por nada el último siglo de un milenio. El siglo XX se caracterizó por la libertad de experimento: en pintura, en teatro, en filosofía, en todo. El individuo manda; lo que sea que se le ocurra expresar con coherencia, con belleza, con intensidad, vale. Lo que hemos vivido en el siglo XX es este experimento de destrucción de las formas, de ruptura de todos los lenguajes convencionales de la cultura, lo que ha sido una liberación muy importante. Es muy probable que los productos culturales del siglo XX sean olvidados en poco tiempo más, pero habrán tenido el valor de haber roto todas esas camisas de fuerza, esos cinturones de castidad que la cultura occidental había venido desarrollando a través de los siglos.

A mediados del siglo XX llegamos al existencialismo, a un tiempo nihilista donde nada es nada, donde el ser humano no es capaz de comprenderse a sí mismo ni de comprender el cosmos, donde no hay valores esenciales y el único sentido que puede tener la vida es el que yo le doy. Esta fue la última noticia cultural que tuvimos antes de la llegada de la nueva cultura. Por cierto que las corrientes toman primero forma filosófica, luego de arte, y después de estilos de vida; entonces muchos jóvenes hoy están metidos en el existencialismo; mucha música es eso, mucho cine es eso.

*¿Dentro del dogmatismo de la ciencia incluyes el dogmatismo de la ideología? Porque junto al existencialismo de Occidente tú tienes en el Este, e influenciando a Occidente hasta hace poco, la construcción ideológica marxista.*

Dentro del dogmatismo de la ciencia incluyo el materialismo científico. La característica del dogmatismo cristiano es el espiritualismo, es decir, un rechazo de la vida natural; la característica del dogmatismo científico racionalista es el materialismo, el rechazo de todo aquello invisible de lo que no dan cuenta los sentidos. Entonces llegamos a la década del 50, después de la segunda guerra, con toda esta desilusión de la capacidad humana de convivir y de hacer paz y plenitud. Hay una desilusión enorme en la cultura occidental que trasciende al Este. Esta desilusión trae la negación existencialista y el desengaño norteamericano con el progreso permanente. Esto genera una situación en que en lo profundo no hay respuestas, estamos detenidos.

En ese momento viene el gran impacto del Oriente en la década del sesenta. El Oriente se abre a Occidente en términos espirituales. Antes ha habido todo un trasvase subterráneo: la invasión del Tíbet causó la venida a Norteamérica y Europa de un gran número de lamas; y se vive el despertar de la cultura psicodélica y el movimiento contracultural de los hippies que busca en Oriente las respuestas que Occidente no tiene. Es así como en la década del sesenta un antiquísimo conocimiento de la humanidad comienza a ser asimilado y desarrollado por algunos individuos en Occidente.

Y, ¿qué semilla traemos del Oriente? El conocimiento de los estados de conciencia; toda la ciencia y tecnología que el Oriente tiene respecto del mundo interior. La divinidad de Occidente estaba lejos, por encima, a veces padre benévolo, a veces juez castigador. Oriente nos trae una divinidad que se encuentra dentro, en lo más profundo y misterioso del ser.

Naturalmente, la revolución iniciada por Freud fue muy importante para preparar este terreno. Freud mostró la existencia del inconsciente; nos mostró que lejos de ser nosotros estos seres racionales que creemos que somos, tenemos un inagotable territorio interior. Freud lo visualizó sólo habitado por monstruos; Jung vio que estaba habitado por todos los arquetipos de la experiencia humana, fundamentalmente el arquetipo central, el arquetipo del sí mismo, llamado Cristo en la cultura cristiana pero que genéricamente es el centro luminoso del ser.

La llegada de Oriente a Occidente en un momento tan favorable tiene que ver con el descubrimiento por Occidente de los estados de conciencia. Es decir, la conciencia, que parecía ser una dimensión única, filosófica y pragmáticamente hablando, se pasó a comprender y a experimentar como una realidad más compleja. Se empezó a experimentar con los distintos estados de conciencia y con los distintos planos de realidad que tienen que ver con los distintos estados de conciencia. Aunque esta experimentación se inició por una vanguardia, a través de la cultura popular y fundamentalmente a través de la música y del cine, comenzó a difundirse a la población.

Hace tiempo que este filósofo de la comunicación que es Mac Luhan dijo que el medio es el mensaje; que no importan tanto los contenidos que transmita el medio de comunicación, porque importa más el medio mismo. Y en esto la

televisión tiene una importancia gigantesca. El libro es una forma estática, relacionado con bibliotecas, lineal, cuadrado, y naturalmente nos hace pensar al estilo biblioteca, es decir, construir estructuras de conocimiento para que se queden allí inmóviles, encasilladas. La televisión y el cine en cambio son medios dinámicos, cada vez más parecidos a la consciencia misma. Todo lo que es cámara, todo lo que es el ojo de la televisión nos va enseñando respecto del funcionamiento de la propia consciencia: la cámara lenta, la cámara rápida, el zoom, el volver una y otra vez sobre la misma escena; una serie de capacidades que nuestra propia percepción tiene. Entonces, la televisión nos va enseñando a todos a pensar, percibir y ver de una nueva manera. Por malos que sean los contenidos, la forma misma de lo que ocurre en la televisión nos cambia la mente. Con la computación e internet esa transformación se ha potenciado a casi una nueva mente.

La nueva cultura entonces la concibo como un matrimonio del cielo y de la tierra. Como la unión del proyecto espiritual conocido desde siempre por todos los visionarios de la humanidad, y la necesidad material que le sale al encuentro. En la actualidad tienden a desaparecer los maestros porque justamente se trata de que cada ser, cada individuo, despierte en sí mismo al maestro, al sabio.

Lo primero que le pasa al individuo cuando quiere realizarse y ser feliz es el impulso a cambiar el mundo, las condiciones imperantes. Después del inevitable fracaso de este intento, viene una etapa mucho más madura en que el individuo dice: parece que soy yo el que tengo que transformarme, y ahí viene el largo proceso psicológico de transformación que tiene que ver con el descubrimiento de los estados de consciencia, con el trabajo sobre la dimensión subjetiva del ser. Cuando uno se ha movido en la transformación personal, llega un minuto en que es evidente que ésta no puede continuar si no va acompañada de una actividad de transformación de las condiciones externas, lo que se expresa siempre como trabajo y servicio para ayudar a que los demás también hagan su trabajo de transformación personal. Esto por supuesto que significa trabajar para que cese la miseria y cese el hambre, por cuanto mientras no haya casa, comida y cariño, nadie se puede dedicar a la transformación personal.

Volvamos con el asunto del egoísmo; en una primera etapa el deseo de felicidad y plenitud tiene esta forma egoísta: yo quiero dejar de sufrir y quiero realizarme en lo mío. Pero una vez que ya hemos avanzado en esa búsqueda nos damos cuenta de que el egoísmo mismo impide experimentar felicidad, y descubrimos el servicio. La clave absoluta de la felicidad tiene que ver con esa entrega a servir, esa consagración a ser útil. El servir se vive en primer lugar en la pareja: probablemente la pareja es el espacio de servicio más intenso, más difícil, más permanente y más universal. Existe, por supuesto muy relacionado con eso, el servicio a los hijos, que es también otra de las grandes experiencias de disolución del egoísmo que todo ser humano objetivamente vive. Y en tercer lugar, por supuesto, el trabajo mismo; esta actividad de trabajo normalmente concebida como subsistencia, supervivencia, tiene una dimensión que se llama realización, la cual es inherente al servicio; esa actitud de responsabilidad que todos los seres humanos necesariamente tenemos que tomar frente a la vida, la actitud ecológica de ser útiles al todo.

Entonces, para volver con el siglo XX y cerrar este capítulo, digamos que hasta el siglo pasado la moral y la estructura convencional de la sociedad nos impelía a vivir de una cierta manera. Hipócritamente o no, vivíamos en un relativo equilibrio entre lo personal, lo familiar y lo colectivo; un equilibrio dado desde afuera por una convención y una norma tremendamente estricta. La maravillosa rebelión iniciada por Nietzsche introdujo la idea de que cada cual viera por sí mismo cómo guiarse, por cuanto no era válida ni legítima la imposición de la sociedad. Eso nos permitió llegar al límite del egoísmo. Siempre ha habido explotadores, siempre ha habido de todo en la historia de la humanidad, pero nunca como en el siglo XX, nunca con la velocidad, la arrogancia y la manipulación tramposa que se ha vivido en este siglo tan inteligente, donde el campo está tan abierto para que cualquiera haga lo que quiera. La libertad ha sido muy importante, sumamente importante; pero, ¿cuál es el balance final del siglo XX que ya estamos en condiciones de hacer? Que el egoísmo no resulta, que ser millonario no resulta, que ser conquistador de mil mujeres o de mil hombres tampoco resulta; que nada de eso trae la felicidad. A través de llegar a los límites del placer, a los límites de la satisfacción egoísta, hemos descubierto que la felicidad no está ahí.

A partir de este balance, comienza a abrirse la dimensión colectiva. Surgen los profetas de la nueva cultura, los John Lennon. Porque algo muy interesante que ocurre con la nueva cultura es su carácter de cultura popular. Al igual que la cultura griega, o la cultura del Renacimiento, no es una cultura intelectual que consumen unos pocos, sino la cultura que todos consumen; es la cultura que se escucha en las radios, la que se ve en la televisión, la que sale en el cine.

La nueva cultura no está en las galerías de arte, está en las revistas. La nueva cultura no está en el cine intelectual de autor, está en las grandes producciones populares como "E. T.", "Encuentros cercanos", "La guerra de las galaxias"; "El Señor de los Anillos", ahí está la nueva cultura. No está en las cosas que hacen unos pocos y que ven otros pocos. Entonces, John Lennon, uno de los profetas de la nueva cultura, ¿qué es lo que nos dice? "Imaginemos, imaginemos". Porque el conocimiento de los estados de consciencia y del trabajo interior de la psiquis ¿qué es lo que nos enseña? Que todo lo que hay, primero se imagina. Que la creación humana se genera primero en la imagen, primero en la imaginación. Entonces, ¿qué es lo primero que ocurre en la década de los sesenta? Que estos experimentos de unos pocos con el budismo, con la meditación, con los alucinógenos, con la antropología, brotan hacia el colectivo como una cultura popular que nos permite imaginarnos un mundo donde el amor y la paz son concretos, reales.

La década del sesenta fue la década revolucionaria, donde imaginamos las posibilidades de la nueva época. Imaginaciones sociales, políticas, psicológicas, artísticas; en las utopías de los sesenta nos imaginamos bien concretamente un mundo distinto. Vino la década de los setenta que dijo "ésas son puras voladas, aterricemos, aquí manda la necesidad, la realidad es otra". La década del setenta es una década reaccionaria. Una década retro que nos volvió a los fundamentos conservadores de las cosas; movimiento absolutamente necesario, porque en los sesenta queríamos comenzar todo de

nuevo, desde la nada, propuesta que niega la necesidad de reciclar lo que hay, que es la forma como se mueve la realidad.

En la década de los ochenta se va produciendo la feliz síntesis; las voladas de los sesenta aterrizan con el pragmatismo de los setenta y se convierten en acción efectiva. Los ochenta son una década muy especial en donde se equilibran las cosas y se abren caminos para lo que nadie sabe, pero que todos anhelan y todos intuyen que viene.

*¿Cómo te vinculas a todas estas ideas de nueva cultura?*

Como muchos de mi generación –nací el año cincuenta- siempre estuve inspirado por una visión tremendamente nítida y apasionada por un mundo diferente. Sólo que cuando joven yo no sabía que era diferente, porque todavía no conocía el mundo que hay. O sea, para mí la libertad, la igualdad, la consciencia de los seres humanos era algo tan obvio, tan normal, que cuando comencé a descubrir el mundo llamado real -digamos, el mundo en que vivimos- y comencé a descubrir que en la práctica de la vida humana no había casi libertad, ni igualdad, ni consciencia, realmente fue un shock. Mayor todavía fue el shock cuando comencé a inspeccionar mi propio mundo interior para averiguar los motivos por los cuales yo era tan poco feliz.

*¿Qué edad tenías?*

Dieciocho años. Me di cuenta de que dentro de mí tampoco había ni libertad, ni igualdad, ni consciencia, sino más bien una serie de mecanismos repetitivos, absolutamente fomes y deprimentes; que me llevaban todo el tiempo, reiterativamente, a los mismos espacios de esterilidad, de automatismo, de incomunicación y distanciamiento con los demás y con la vida. Entonces me dije: "Parece que algo tengo que hacer algo conmigo mismo" y comencé a buscar.

Llegué a la psicología como un camino de conocimiento de mí mismo primero, y como posible instrumento de servicio a los demás, que en aquella época era una noción ideal mía, todavía no era una actitud verdadera de mi corazón. La psicología fue muy fascinante pero también notoriamente insatisfactoria, porque describía muy bien los mecanismos de la neurosis, me describía las paredes de mi propia celda, pero no me hablaba de cómo abrir la puerta y salir. Incluso había psicologías a las que lo único que les preocupaba era decorar la cárcel; pero yo quería salir -con la madurez he descubierto que nadie sale totalmente de la cárcel, sine que aprende a entrar y salir, digamos, sin enojarse tanto, sin deprimirse tanto-. Entonces me encontré con el mundo espiritual.

*¿Cuándo fue eso? ¿Y cómo descubriste lo espiritual?*

A los diecinueve años. Lo más importante y decisivo en mi experiencia es que después de haber sido -por educación y por familia- un joven idealista,

racionalista y ateo, de un humanismo a todo trapo, a los dieciocho años tuve una experiencia intensísima de percepción diferente de la realidad, que después aprendí a llamar "experiencia mística". Lo principal es que en esa experiencia se me ordenó todo de una manera completamente diferente y experimenté en mí mismo el amor, la paz, la armonía, la plenitud, y miré para afuera y vi lo mismo. En ese momento dije: "¡Ah, ésto es lo que la gente llama Dios!, esta unidad de todo con todo, esta armonía de todo con todo, en que todo se ve bello y tiene sentido, es la experiencia que la gente llama Dios".

Esta experiencia me llegó cuando yo había trabajado y buscado mucho en esa dirección. Lo terrible con estas experiencias es que se terminan y uno vuelve a la cárcel interna y vuelve a sufrir. Naturalmente busca repetir las experiencias - eventualmente pude repetirlas-, pero con el tiempo se da cuenta de que tiene que haber un sistema o un método de irse deshaciendo de la cárcel, de ir permitiendo que esta experiencia de armonía, de unidad, sea más permanente, más cotidiana. Pero, para mí y creo que para todo ser humano, lo primero y fundamental es descubrir que existe la experiencia, que es posible estar en ese estado de consciencia en que todo es feliz. Basta con vivirla una sola vez para querer más, y querer más significa buscar, significa ponerse a trabajar en sí mismo.

Mi experiencia se conecta con la cultura de mi generación y mi época, es decir, la cultura de los Beatles, la cultura hippie, la cultura de la paz, del amor, de la no violencia, la atracción por los estados excepcionales de sensibilidad a través de la danza, de la música, de la contemplación de la naturaleza, del arte; o sea, una generación tremendamente volada, tremendamente sensible a lo sutil, lo inefable. Todo ello me llevó a esta revolución psicológica que, después de haber sido un joven tan intelectual, tan ordenado y tan superficialmente recto, despertó en mí mi parte romántica, mi parte sensitiva, mi parte intuitiva, que comenzó a comprender la realidad y a percibir una cantidad de dimensiones que ignoraba completamente.

Más tarde en mi vida, cerca de los treinta años, después de haber experimentado tantas cosas, después de haber buscado y encontrado tantas cosas, llegó un momento en que algo en mí me hace detenerme y decir: "Oye, ¿qué más estás buscando?, si ya tienes la semilla, ya la tienes plantada, ¿por qué te sigues inquietando?, si ahora se trata de que te quedes quieto y que cultives lo que tienes". El cultivo de lo que tenía y de lo que tengo tiene dos dimensiones. Una, el establecimiento de una vida personal normal y adaptada a mi mundo social, y dos, una dimensión de entrega a los demás a través de mi trabajo profesional. Mi trabajo profesional de terapeuta y profesor consiste justamente en ayudar, catalizar y enseñar la revolución psicológica, o sea, transmitir aquello que me pasó. Entonces mi aporte a la nueva cultura ha sido bien socrático, en un sentido modesto de la palabra; es decir, una especie de partero que ayuda en los partos de los demás.

Yo no produzco ni la guagua ni el parto, pero sé cómo ocurre el parto, conozco el fenómeno, y estoy ahí ayudando a las personas en sus contracciones. Es en las contracciones psíquicas cuando las personas piden ayuda, y es ahí donde yo estoy y donde ayudo al renacimiento de estas guaguas maravillosas que son las individualidades. Este nacimiento es el nacimiento de la individualidad, donde cae el cascarón de la programación social y nace este ser inocente que

es la individualidad, la esencia. Por otro lado, también enseñó a través de los medios de comunicación social, en la irradiación hacia lo colectivo de las nuevas visiones y nuevas formas de expresar todo esto. Aunque por cierto nada de esto es realmente nuevo, la enseñanza del Cristo fue también esto; el Evangelio es pura nueva cultura expresada en los términos de la época. Pero cada época necesita palabras nuevas; el mismo Evangelio dice "vino nuevo en odres nuevos".

*En tu quehacer profesional, ¿has tenido tropiezos o detractores?*

Desde mi revolución psicológica personal, desde el inicio de mi transformación -que por supuesto continúa-, entre mis 22 y 24 años, me di cuenta de que mi camino era completamente individual y sumamente raro, visto desde la sociedad de la época. Estoy hablando de los años 72, 73, 74, no estoy hablando del año 2000. En el año 2000 ya lo mío no es raro, pero en aquellos años sí. Entonces siempre supe que no podía hacer mi trabajo desde dentro de ninguna institución, sino que tenía que hacerlo todo en forma libre, privada y correr todos los riesgos de vivir y enseñar y trabajar a mi manera.

Con el cambio cultural, la cultura y la sociedad chilena también se han hecho permeables a todo esto, y además he aprendido a hablar y a comunicar las cosas sin romper, sin choquear, sin esa actitud confrontacional, provocadora y rupturista de los 60. También yo he aprendido a adaptarme y a estar en armonía con el lenguaje que la sociedad usa.

*¿No das en ningún momento una lucha?*

Nunca he peleado contra ninguna estructura social ni ningún poder organizado. Todas las luchas que he dado son interiores, dentro de mí...Y eso me ha permitido también ser escuchado por todos los que quieren escucharme. Nunca he sido portavoz de ningún movimiento, grupo, causa o idea específica, siempre he hablado de una manera universal y basado en mi experiencia personal. Eso me da una credibilidad no doctrinaria, para aquellos interesados en mis temas, en estos temas.

*¿Consideras que Chile tenga un rol especial que ocupar dentro del desarrollo de la nueva cultura planetaria?*

Sí. Chile tiene que ver con el futuro esplendor. Está llegando a su madurez, a su momento creativo, a su momento de expansión, justo en el momento en que la humanidad entera se abre a la nueva cultura. Esa coincidencia no me parece casual, sino muy significativa. Me parece que en Chile, y algunas otras partes, se va a hacer una síntesis de Europa y América. Somos totalmente europeos como mentalidad, y somos totalmente americanos como origen y como tierra. Y además tenemos mucho menos fuerte el trauma americano de la violación terrible que fue la conquista de América por Europa, que está tan viva en

países como Perú y como Méjico. En Chile, a pesar que vivimos la misma barbarie histórica de la conquista, de alguna manera estamos relativamente libres de ese trauma, participamos de la herida del continente, pero nos afecta muchísimo menos.

Nuestra población es unitaria, todos somos igualmente chilenos, todos compartimos más o menos lo mismo, desde los ricos a los miserables, todos estamos en una misma sintonía, completamente distintos a los demás países latinoamericanos. Sólo la Argentina se nos puede comparar en eso.

Observo la enorme cantidad de seres extraordinarios que están creciendo y madurando en Chile hoy. Pudiera ser que en todos los países estuviera igualmente lleno de seres extraordinarios, pero me parece que no. Me parece que se está dando en Chile un florecer de seres humanos completamente dotados de una inspiración, de un corazón, de una entrega y de un genio, de una genialidad que no creo que se repita en demasiadas partes. Me parece que ahora estamos llenos de Nerudas y de Gabrielas Mistrales, no en la poesía, sino en todos los ámbitos. Hay una inteligencia chilena muy especial, que por un lado tiene toda la parte racional, brillante, matemática, por así decirlo, de todas las inteligencias racionales, pero por otro lado tiene una conexión con una sensibilidad muy especial, muy única.

### *¿Qué nexos tiene la nueva cultura con la astrología?*

La astrología tiene definida una división en "eras" que son meses del año platónico. El año platónico es un año astronómico que dura aproximadamente 24 mil años de los nuestros, y se relaciona con el fenómeno astronómico de la precesión de los equinoccios. El año platónico se divide en 12 "meses" de 2.000 años, cada uno de los cuales se corresponde con uno de los signos del Zodíaco y está inspirado o animado por el espíritu o arquetipo de ese signo. Muy a grandes rasgos podemos mirar hacia atrás, las últimas eras que conocemos. La era más antigua de que tenemos memoria es la era de Tauro, desde el año 4 mil al año 2 mil a. C., aproximadamente. Es la época de las pirámides de Egipto, es la época de las sociedades agrícolas, la época del toro, la época de la tierra. Una época de fecundidad, una época taurina de desarrollo enorme de lo terrestre, y de ahí todas esas construcciones gigantescas; de ahí ese espíritu devoto, artístico, y sensual, del que todavía quedan vestigios. Lo que mejor puede caracterizar arqueológicamente a la era de Tauro es el fenómeno de la civilización de Creta, que representa la era del toro en todo su esplendor. Una sociedad armoniosa, civilizada, enteramente dedicada al arte, a la buena vida y... al toro.

Conocemos en Creta todos los rituales del toro, donde el Minotauro es un ejemplo. La época del toro es una época dentro del patriarcado donde todavía lo materno es muy fuerte. Todavía la Madre Tierra es grandiosa, gran diosa. Ahí está la estabilidad, fecundidad y exuberancia de lo que es la tierra. En el año 2 mil a. C. llegan las invasiones arias a los mundos civilizados. Los mundos civilizados de la era del toro eran los mundos mediterráneos y el mundo indostánico -las grandes civilizaciones de la India-, que eran civilizaciones de gente de piel morena, conectada con la tierra y con la

naturaleza, y donde todavía el mundo de la madre imperaba. La era de Aries es esta era de las invasiones bárbaras del norte, las invasiones de los grandes guerreros, que vienen en caballos y que dominan el hierro.

Entonces la era de Aries, tal como lo sugiere su signo, es una era guerrera, una era de líderes, de héroes. Se expresa con Moisés en Israel. Moisés termina con el culto del becerro, con Tauro, y entra al mundo del cordero, que es el mundo de Aries. Moisés es un típico héroe ariano que lleva a su gente a la tierra prometida. Aries está lleno de simbolismos relacionados con el carnero, y sobre todo con lo fálico. Es el tiempo de los obeliscos, de la individualidad en el guía. La era de Aries florece maravillosamente en Grecia durante su esplendor. Florece en la India en el tiempo de Buda. Quizás el ser humano que mejor simboliza la era de Aries es Alejandro Magno, cuya misión fue unir Oriente y Occidente en una sola cultura. Alejandro, un griego, llevó a los griegos a Persia, y se convirtió en persa, y de esa manera produjo esta integración de Oriente y Occidente que da origen a la cultura actual. La era de Aries termina en el tiempo humano el año 0 de la era cristiana.

Con el nacimiento del Cristo terminamos la época heroica de Aries, y pasamos a la era de Piscis, una época de misticismo, una era de expiación, una era de agua. Tauro era signo de tierra, Aries de fuego; Piscis es de agua, de disolución, de arrepentimiento, de lágrimas, de entrega, todo lo que es el cristianismo. La cristiandad es una civilización asociada con el agua, con valores relacionados con el sentimiento, con el perdón y la purificación. La era de Piscis, entonces, está terminando, dos mil años después. Como ocurre con todas las eras, en sus últimos tiempos genera muy intensamente su opuesto. La era de Piscis fue sumamente pisciana en la Edad Media y vio su esplendor en el Renacimiento; pero hemos vivido en los últimos siglos el desarrollo de lo opuesto a Piscis, el signo de Virgo, un signo pragmático, racional, inteligente, que tiene que ver con cómo hacer bien las cosas. En un cierto sentido la humanidad ha estado ocupada en los últimos dos siglos en cómo hacer bien las cosas, y se olvidó del perdón y del arrepentimiento y de la trascendencia y de todo lo demás, produciendo la tecnología, la industria, el individualismo, el Estado.

La nueva era que comienza el 2001 es la era de Acuario y tiene que ver con el aire, el mundo de la mente. La inspiración de Acuario tiene que ver con la universalidad de las cosas y la igualdad de los seres, es el tiempo en que todos los seres humanos tienen igual oportunidad de realizarse en su plenitud y en su esplendor. La era de Acuario es la era del grupo, de la comunidad, de la democracia. El tiempo en que todo se hace explícito, en que lo esotérico, lo oculto, sale a las librerías y a la televisión. El tiempo en que los inventos -regidos por Acuario, y que comenzaron a desarrollarse hace unos 150 años-, están permitiendo la liberación del ser humano. Existiendo la máquina mecánica y existiendo la máquina inteligente -la cibernética-, no es loco imaginar un tiempo cercano en que los seres humanos podamos dedicarnos a actividades realmente humanas, que son las actividades sensibles y creativas, y dejar que las máquinas hagan el trabajo mecánico. Gracias a la cibernética es posible coordinar el esfuerzo mecánico de manera inteligente. La era de Acuario tiene que ver con el desarrollo material de los medios, -Acuario rige los medios, los instrumentos-. De hecho, la humanidad cuenta con los medios

necesarios para cambiar todas las cosas y permitir a los seis mil millones de seres humanos vivir en otro estado.

*¿Qué rol cumplen o han cumplido los grupos esotéricos, disciplinas, escuelas espirituales en este proceso?*

Todos los grupos espirituales y esotéricos, que han florecido en Chile de una manera muy abundante, ofrecen dos cosas esenciales. Una, compañía, y otra, un método o camino. Método y camino es más o menos parecido, cada uno de nosotros tiene afinidad con determinadas formas; a algunos les gustan las cosas explicadas, sumamente teóricas, ultra racionalizadas; otros prefieren la experiencia, mientras más espontánea, más extática, mejor. Algunos otros quieren combinar lo uno con lo otro, en fin. Lo importante es que todos los caminos son verdaderos, en la medida de la honestidad y del valor del protagonista, y en tanto te ofrecen algún tipo de síntesis o destilación de experiencias de otros que sirven de muy útil referencia. Aunque, por supuesto, avanzado el camino, es tremendamente importante dejar atrás toda referencia de otros, porque los caminos son siempre individuales en ese nivel. Pero en los primeros niveles necesitamos absolutamente conocer las señalizaciones y los mapas, que otros que fueron antes para allá dejaron.

*¿En ti cumplieron ese rol?*

Por supuesto; o sea, todo mi experimento, toda mi transformación personal fue maravillosa y amorosamente acompañada por hermanos y hermanas de una escuela espiritual, donde había una enseñanza sabia y sumamente libre que nos permitió, a cada uno, hacer su propio experimento, su propia revolución psicológica con una enorme variedad de dimensiones. Yo no podría estar hablando, de no haber compartido eso.

*¿La nueva era es una posibilidad abierta para todos?*

Puedo decir que en el pasado sólo me atrevía a esperar con una cierta certeza una nueva era, una nueva cultura, en mi vida personal y en la vida personal de unos pocos. Hoy, tal como están las cosas, vuelvo a tener confianza en una nueva cultura y en una nueva era y en una nueva vida para todos. Cada uno en lo suyo, en lo que le gusta, en lo que le toca. Cuando era joven por supuesto que quería todo para todos. Pero después de los años 70 me puse sobrio y me dije: "Bueno, con tal que tú, por lo menos, en tu vida puedas ayudar a que la gente sufra menos... ya con eso vale la pena". Pero ahora vuelvo a mi optimismo intrínseco, a sentir que la cuestión es buena a gran escala. Hoy, año 2005, confirmo contento el proceso de transformación planetaria. Vemos como un sistema completo de creencias y estructuras de poder se desmorona, de adentro hacia fuera, mientras los seres humanos, individualmente, se van liberando de ese sistema y hacen sus vidas siguiendo

instrucciones internas, no programadas desde afuera. Coexiste, entonces, un fin de mundo, el agotamiento de una civilización, antes occidental, hoy global, que ya no tiene espíritu creativo, ya no propone futuro, con la alborada de una nueva Tierra, expresándose extraoficialmente como un renacer de la confianza en la existencia, un despertar de la conciencia holística, sistémica, que redescubre lo sagrado en la naturaleza, el universo viviente, y la experiencia por la cual el alma vivencia unidad con la vida y con todos los seres.

*Esta entrevista sobre mi experiencia y perspectiva fue realizada por Eduardo Yentzen y Michael Basch. Fue publicada en el libro IMÁGENES PARA UN MUNDO NUEVO y ha sido recientemente reeditada por Alejandro Celis en su libro TESTIMONIOS DE TRANSFORMACIÓN.*

**Gonzalo Pérez Benavides**  
[gonzapb@gmail.com](mailto:gonzapb@gmail.com) - [www.gonzalopez.cl](http://www.gonzalopez.cl)  
Teléfono: (56-2) 273 6039  
Santiago, Chile